

Agence France Presse. 1993. *Deuda social de A.L. aumentó*, La Nación, Costa Rica, 20 de enero. p. 28A

Beltrán, Luis Ramiro. 1979. *La planificación de la comunicación para el desarrollo rural: un bosquejo histórico*. Mimeo, Seminario sobre la Comunicación agrícola en el Desarrollo rural, Caracas.

Díaz Bordenave, Juan. 1992. *La campaña como intervención social*. Chasqui, 41, abril-junio.

Gutiérrez, Francisco & Daniel Prieto Castillo. 1991. *La mediación pedagógica*. Apuntes para una Educación a Distancia alternativa. San José: RNTC.

Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA). 1992. *Informe anual, 1991*. San José: CIDIA-IICA.

McAnany, Emile. 1980. *Communications in the Rural Third World*. Nueva York: Praeger Publishers. (La traducción es mía).

Orozco Gómez, Guillermo. 1991. *Límites del "modelo de efectos" en la investigación del impacto de la televisión en los niños. y Del acto al proceso de ver televisión*. En Re-

cepción Televisiva. Tres aproximaciones y una razón para su estudio. Cuadernos de Comunicación y prácticas sociales 2. México D.F.: Universidad Iberoamericana.

PNUD. 1992. *Índice de desarrollo humano en América Latina y el Caribe*. La Nación, Costa Rica, 22 de agosto. p. 8A.

Rogers, Everett. 1976. *Communication and Development: The Passing of the Dominant Paradigm*. En Everett Rogers (Ed.) **Communication and Development: Critical Perspectives**. Beverly Hills: Sage Publications. (Citado por Van Crowder, la traducción es mía).

Van Crowder, L. 1990. *Is there a communication media bias in development projects?* Mimeo, **Agricultural Communicators in Education 1990 Conference**. St. Paul (Minnesota, EUA).

Vásquez, Jenny. 1992. Datos proporcionados por esta funcionaria de OPS/Perú, durante su intervención en el *Primer Seminario Latinoamericano sobre Periodismo y Cólera*. San José de Costa Rica, mayo 5 y 6.

“Soñar el mundo, sin perder la aldea”

-Comunicación, pluralismo, desarrollo tecnológico e identidad- *

FERNANDO VASQUEZ RODRIGUEZ **

En “Compuexpo” —un reciente evento celebrado en Santafé de Bogotá—, pude observar al lado de las tecnologías de punta y los novedosos programas de multimedia, a un padre de familia ansioso por comprarle a su hija adolescente un computador. Su presupuesto parecía escaso. La muchacha no comentaba gran cosa. En cambio el vendedor, después de mostrarle el Quadra 650, trataba por todos los medios de convencerlos de lo importante y necesario que sería llevarse, además, un Aldus Page Maker 5.0. El padre

dudaba: hacía cuentas y más cuentas; de vez en cuando miraba a su hija. “¿Y será que sí le sirve para las tareas del colegio?”, volvió el señor a insistirle al vendedor. “Esto es lo último”, contestó orgulloso el empleado. El hombre volvió a revisar sus cuentas. Su hija se había apartado un poco, colocándose detrás, como ocultando su ignorancia o la vergüenza de su padre. “Bueno, voy a dar una vueltica y ya regreso”.

El relato me sirve de motivo para exponer algunas ideas sobre las relaciones entre comunicación, pluralismo, desarrollo tecnológico e identidad. Tales comentarios —sobra decirlo— quieren ubicarse en el contexto de América Latina o, si se prefiere, en los países en vía de desarrollo. Otra cosa: son ideas pensadas como para la discusión o el debate. Tesis.

* Ponencia leída en el I Congreso Internacional sobre Comunicación y Pluralismo, celebrado entre el 25 y el 27 de noviembre de 1993, en la Facultad de Ciencias de la Información, de la Universidad Pontificia de Salamanca, España.

** Licenciado en literatura de la Universidad Javeriana. Director del Departamento de Expresión y profesor de Semiótica y Expresión Oral en la Carrera de Comunicación, Facultad de Comunicación Social. Universidad Javeriana.

1. El pluralismo no puede ser sinónimo de homogenización. Un verdadero pluralismo tiene como norte la diferencia. Lo que enriquece a la cultura, lo que la hace más dinámica e interesante, es la diversidad, la multiplicidad de vías y caminos, de concepciones y valoraciones. Es allí, en la diferencia, donde cabe el canje, el intercambio, el trueque. No sé que tan alentador sea un mundo en donde las diferencias apenas se mencionen y en donde todo parezca unívoco. Es probable, al menos, que para la Comunicación ese sea su “grado cero”. La Comunicación —como ejercicio de traducción interpersonal o intercultural— es mucho más necesaria cuanto más diferentes sean las personas o las culturas. Entonces, si el pluralismo significa aceptar así no más la homogenización (como quien dice creer que la sociedad de consumo es la única utopía); si el pluralismo implica perder los matices, las particularidades, los rasgos distintivos de una cultura, una etnia o un pueblo, tal propósito, a la par de parecerme desalentador, me llena de aburrimiento.

Concibo el pluralismo como una invitación a la divergencia. Como un ejercicio de tolerancia permanente. Como una pragmática de conflicto y argumentación, de conflicto y consensos progresivos. Lo plural no puede ser concebido como sinónimo de uniformidad. Más bien, es lo contrario: lo plural sirve de espejo a nuestra identidad, nos muestra cómo somos de diferentes o cómo son de diferentes otros. Lo plural nos permite tomar distancia. Mirarnos. Vernos como lo otro. Cualquier pluralismo, en suma, tiene que ser avalado desde la identidad, precisamente, para que no asuma la forma de paternalismos a ultranza, mesianismos irracionales o xenomanías masificantes.

Parece contradictorio mencionar la importancia de la identidad cuando estamos hablando de pluralismo. Valga, entonces, hacer algunas precisiones. No concibo la identidad como un camino hacia algo único, cerrado, absoluto. De ninguna manera. Me gusta pensar la identidad como una consecuencia de la diferencia. Gracias a un otro es que logro reconocirme. Una especie de agnición o anagnórisis. La otredad me permite saberme diferencia. Puesto en otros términos, entre más otros aparezcan, entre más capaz sea de convivir con la pluralidad, mucho más me haré identidad, tanto más descubriré en mí esos otros que me constituyen. Luego la identidad es una construcción dinámica, de continuos descubrimientos. La diferencia que parte de lo externo termina por convertirse en un rasgo interno de mi identidad. Digámoslo sin ambages: hay pluralismos porque hay identidades.

2. Un pluralismo fuerte frente a identidades débiles genera desarrollos dispares y dependentistas. En varios de los países de América Latina, en muchas de sus

regiones, hasta ahora se está consolidando un proyecto de desarrollo. Hay zonas en nuestras latitudes —distintas a las grandes capitales— que tienen ritmos diferentes, acordes a sus necesidades, a sus idiosincrasias. Es más, una buena parte de nuestros países está consolidando un proyecto democrático, está construyendo una política más participativa. Entonces, el deseo de “apertura”, el anhelo de colocarse a la par con otros países, merece ser pensado de manera progresiva. Y más cuando se trata de tecnologías. Creo que para nadie es un secreto que la tecnología rebasa el mero instrumento, que lo tecnológico apunta a un “estilo” o a una manera de concebir procesos dentro de lo social. Si se prefiere, hoy sabemos que lo tecnológico es una mediación repleta de intencionalidades, de discursos, de poder. No es un mero trasvase, o una transfusión simple la que opera. Hay más. Cada tecnología elegida, cada apuesta en un tipo de industrialización, trae consigo unas consecuencias no siempre afortunadas.

Repito: si las condiciones son propicias, si hay “fortaleza” en el ser de una cultura, si su misma socialización cuenta con una preparación educativa potente y adecuada, es obvia la aceptación y apropiación de ciertas tecnologías. Eso no tiene discusión. Pero si el caso es el contrario, lo nuevo termina por volverse adorno, lo plural se convierte en esnobismo, lo extranjero en rasero de lo propio. De allí que hable de dependentismo. En América Latina siempre ha habido un afán por traer a casa lo ajeno —así sea una política de gobierno, una estrategia empresarial o un modelo educativo—, ha habido un prurito por parecernos a otros, por aparentar actitudes o condiciones que no somos. O que somos de otra manera. Allí veo un punto problemático, una fisura. Creo que el pluralismo en América Latina siempre hay que ponerlo entre paréntesis, siempre merece notas a pie de página. En América Latina, como dijera Ruben Darío, “hay que soñar el mundo, pero sin perder la aldea”.

3. Las nuevas tecnologías —para que puedan ser aprovechadas a cabalidad— demandan unas políticas y estrategias educativas paralelas. Si un desarrollo tecnológico no está soportado en un proyecto pedagógico, lo cognitivo se vuelve mecánico, el pensar se reduce a mero hacer. Los aparatos no constituyen de por sí conocimiento. Mejor aún, una buena parte de nuestras tecnologías son subutilizadas. Hay toda una línea de analfabetismo funcional que permea varias zonas de nuestras sociedades. Y a no ser que los Estados o la iniciativa privada inviertan una gran suma de dinero en proyectos educativos, andaremos a tientas, digitalizando, cumpliendo la orden, sin ir más allá, sin innovar, sin poner la máquina a la altura de nuestras necesidades. Hablo de educación en sentido amplio, en todos los órdenes, no necesariamente de la educación formal. Hablo de una

educación superior a la instrucción; de la educación como lugar de encuentro entre la tradición y la innovación, entre un *ethos* y un *telos*, entre la necesidad y la libertad. Hablo de la Educación como Comunicación. Me parece, por lo mismo, que estamos en mora de diseñar o reforzar proyectos de comunicación en donde el desarrollo tecnológico se convierta en una de las tareas fundamentales de la vida cotidiana. Aún seguimos "fetichizando" el aparato, aún continuamos "endiosando" la tecnología y no hemos logrado darle el justo término, la justa medida a cualquier innovación tecnológica. Digámoslo una vez más: buena parte de nuestra relación con las tecnologías de punta es de mero deslumbramiento. De absoluta adjetivación.

Me parece que la Comunicación puede democratizar el uso o la relación con las tecnologías. Ir más allá del efectismo. Superar la prestidigitación. Poner al servicio de las mayorías estas nuevas herramientas de trabajo, estos útiles de nuestro tiempo. La Comunicación puede, de igual manera, ayudarnos a hacer diagnósticos sobre la pertinencia o conveniencia de un proyecto tecnológico; ayudarnos a entender sus implicaciones, sus consecuencias; ayudarnos a conocer y entender las diversas formas de recepción, los distintos tipos de uso. Sólo y en la medida en que tengamos un mayor acceso, una mejor comprensión y un acercamiento no "mágico" a las nuevas tecnologías, podremos incorporarlas a nuestra cotidianidad sin reservas ideológicas o prevenciones totalitarias. Y en este aspecto la Comunicación puede servir de apoyo y fundamento.

4. Las nuevas tecnologías no son analogables a la moda.

Las tecnologías dependen más de las necesidades que de los gustos. Hay cantidad de aparatos de alta tecnología sepultados por el moho y el polvo en bodegas oscuras; los hay en los hospitales y en dependencias del Estado; los hay en centros educativos y de servicio público. Es que en muchos países de América Latina —gracias a la astucia de un buen vendedor o de un político corrupto— se compra y se compra tecnología sin tener una infraestructura previa, sin contar con el recurso humano necesario. Se compra tecnología de punta sin saber si esa es la más indicada para un municipio o localidad que, como hemos visto, a lo mejor no la necesita o no sabe como usarla. A veces por un afán de imitación infantil se prefiere lo último, cuando lo que se tiene a la mano, sin ser la última versión o el último modelo, cumple o rinde beneficios altísimos. Otras veces desechamos lo que tenemos porque consideramos que es anticuado o "pasado de moda", y preferimos los dos o tres aparatos nuevos (para algunos elegidos) a los 20 que tenían una mayor cobertura. No consultamos las necesidades, no las priorizamos, no hacemos planes a mediano y largo plazo. Somos

inmediatistas. Se me ocurre que, en muchos casos, le hemos dado a la tecnología de punta un valor de prenda de moda, de novedad comercial.

De otra parte, por ese afán de poseer la última versión, el "último grito" de la tecnología, no alcanzamos a aprovechar lo que tenemos. Si se prefiere, hemos convertido lo necesario en suntuario. Paul Virilio ha escrito sobre esta estética de la desaparición en la que vivimos; Italo Calvino previó también la rapidez, como una de las categorías del próximo milenio... Sin embargo, en América Latina, en buena parte de América Latina, las cosas no van tan veloces como quisieramos. Y nuestras gentes no caminan como esas otras que vuelan en las autopistas norteamericanas. Nuestras calles y avenidas son de paso lento. Nuestra gestión riñe permanentemente con la ineficacia. Por ende, las tecnologías incorporadas a nuestro espacio de trabajo no pueden ser tan extrañas o tan ajenas. Hay que lograr una correspondencia entre identidad y novedad, entre lo que somos y lo que quisieramos ser. Si olvidamos este hecho, muchas de las más sofisticadas tecnologías seguirán soportando la herrumbre y la intemperie. Ya lo dijimos: toda innovación reapropia la tradición.

Debo aclarar de una vez que la tradición es un fenómeno distinto a las actitudes tradicionalistas. La tradición es como esa construcción mancomunada que los pueblos van consolidando con los años; la tradición no es un pasado muerto, sino un pasado reapropiado, resignificado, vuelto presente. En cambio, las actitudes tradicionalistas son las que se aferran —nostálgicamente— a un sólo lugar, a un único tiempo, a una única mirada. Los tradicionalistas son desleales con la tradición porque la momifican, porque no la dejan emerger diferente en cada tiempo, porque no le permiten metamorfosearse en nuevos cuerpos. El tradicionalista se conforma con facilidad. Precisamente, para los tradicionalistas más radicales las tecnologías suenan a "invasión" extranjera, a "nuevo colonialismo"; son las que acaban con lo propio, con lo autóctono; en síntesis, las que ponen en peligro los procesos particulares de los pueblos. Tal actitud condena a muchos países de América Latina a un destino de miseria inacabada, de subdesarrollo infinito. Pone a nuestras gentes frente a un mundo imposibilitado para transformarse. Los torna pasivamente satisfechos.

Claro, quienes se aferran a lo tradicional para justificar el miedo a lo desconocido o la incertidumbre hacia lo nuevo, son los mismos que hablan de "invasión" tecnológica, de peligros neocolonialistas. Cosa muy distinta es creer que la tradición no cuenta, que no importa. O el pensar que lo nuevo arrasa con todo, que la novedad torna insuficiente nuestros legados hechos cultura. Por supues-

to: el riesgo, la aventura, el experimento... hay que hacerlos o vivirlos. Pero, a la par, hay que mirar las condiciones de vida, las diversas formas de acceso —las jerarquías gestadas desde la adquisición o inaccesibilidad a la tecnología—, los distintos ritmos de nuestras naciones. Ahí la tradición se convierte en un escenario imprescindible, en una condición para la posibilidad.

- 5. Mientras no se definan los espacios y las condiciones de diálogo o intercambio cultural, el pluralismo no superará la condición del enunciado.** Es difícil aceptar las voces de los otros. A veces porque no le damos el mismo valor o porque no las aceptamos con el mismo cuidado. En mi país, ¡cuánto nos costó aprender a escuchar las voces de los indígenas, de los grupos minoritarios, de las religiones no oficiales!; es más, creo que no hubo la suficiente voluntad para escucharlos en serio. El indígena siguió pareciéndonos exótico. Esta reflexión me permite ir hasta otro lugar: ¿cuáles son las condiciones necesarias para una negociación intercultural?; los lugares desde los cuales establecemos contacto con la diferencia, ¿son equivalentes?; tienen nuestras palabras, nuestras iniciativas, ¿la misma densidad o la misma importancia respecto de la de otros?

Es innegable, hablamos desde una situación y desde cierto tipo de condicionamientos. Hay niveles y desniveles marcados; contrastes. Las disparidades de riqueza también cuentan en este propósito del pluralismo. Y cuentan mucho más cuando se trata de países en vías de desarrollo. En vía de tener una palabra pujante, recia, competitiva. De allí la necesidad de elaborar o establecer ciertas reglas de juego, ciertas estrategias de conversación o intercambio, ciertas pistas de traducción. De nuevo, se nos aparece la Comunicación.

Pienso que la Comunicación, al menos como se la ha venido entendiendo en algunas Facultades de América Latina, cumple funciones estratégicas dentro de lo social. Es mediadora de puntos de vista, es traductora. Rediseña, reconstruye, resemantiza. La Comunicación como punto de intersección, como puerto y puente de variadas visiones, parece ser definitiva en las tareas de encuentro y confrontación, de imbricación y pluralismo. Sí, lo sabe-

mos: los mensajes son más que información. Los mensajes son construcciones preñadas de intencionalidad, de forma, de imaginarios. Los mensajes están repletos de indicios. Y la Comunicación puede colaborar para que el encuentro —la puesta en escena del pluralismo— sea más genuino, más provechoso, más fecundo. La Comunicación puede ayudarnos a percibir los matices, las singularidades. Mejorar nuestra abducción. Pero sobre todo, puede hacernos más cuidadosos y respetuosos ante la diferencia.

Esta última tesis nos sitúa en una perspectiva ética. Ni la ciencia, ni la tecnología son productos ingenuos o inocentes. Como elaboraciones sociales que son, están atravesadas por lógicas de interés y de mercado. Hoy más que nunca necesitamos de cierta cordura, de cierta “rumia” situacional para saber qué tecnología es la más apropiada a nuestras necesidades o cuál modelo de desarrollo es el más indicado. Al final de cuentas, y lo digo pensando en mi país, todo proyecto de desarrollo tecnológico debe contemplar una prioridad anterior, la de la convivencia pacífica. La de un proyecto democrático en donde la pobreza absoluta tienda a desaparecer y en donde el acceso a las mínimas condiciones de vida no sean el problema cotidiano.